

Se había sentado sobre el talud, y allí se abandonaba á una desesperación en que se resumían todas las tristezas sufridas en los últimos días. ¡Sabía que en aquella callada casa, tan cerca de él, Ely y Pedro estaban juntos en aquel instante! Sabía que se perdonaban, que se amaban, y esta idea le causaba una pena tan aguda, que le paralizaba en aquel sitio. Un amor apasionado por aquella mujer, el sentimiento de que su amigo, aquel amigo tan querido, había pasado sobre él para ir en busca de ella; el mortal frío de los celos y la amargura de la traición, tantas inexplicables emociones, le hacían desfallecer. Acabó por echarse sobre la tierra fría, esa tierra que á todos nos cubrirá algún día, y cuyo peso, al hundirnos, hundirá también la insoportable rebelión de nuestro corazón... Permaneció así con los brazos extendidos, el rostro junto á la hierba, como un cadáver, deseando la muerte, desaparecer, no amar más á aquella mujer, no volver á ver á su amigo, dormirse, en fin, en un sueño, sin sueños, sin recuerdos, ¡un sueño en el que Ely y Pedro no existieran!

No pudo darse cuenta del tiempo que permaneció así, el rostro contra la tierra, presa de esa pena total é irremediable que acaba por tranquilizar el alma á fuerza de combatirla. Un ruido de voces que oyó tras la valla que le separaba del jardín, le despertó bruscamente. Algunos hombres caminaban sin luz, con cautela, ahogando sus voces. Llegaron tan cerca de Olivier, que, de estar éste en pie, hubiera podido tocarles.

—Por allí es por donde ha entrado y salido otras

noches, monseñor—decía una de las voces, insinuante y casi imperceptible—. Estamos seguros.

—¿Y estás cierto de que ninguno de tus hombres sospecha la verdad?—preguntó otra voz.

—Ninguno, monseñor... Creerán disparar sobre un ladrón.

—Señor Laubach—dijo una tercera voz, de un inferior seguramente—, el jardinero acaba de decir que la puerta del invernadero está abierta.

—Vamos á verlo—respondió la primera voz, mientras que la voz imperiosa lanzaba un *¡Verfluchter Esel!*

Este juramento indicaba que aquel detalle de vigilancia disgustaba al organizador de aquella batida..., dirigida, ¿contra quién? Sabiendo lo que sabía, Olivier no tuvo un instante de duda: el Archiduque no ignoraba que un hombre estaba con su mujer, y se disponía á tomar venganza. La pregunta que dirigió á Laubach, su cólera contra el «maldito asno» que había mencionado la puerta del invernadero, probaban que el Príncipe quería una venganza anónima. Era preciso que el amante fuese muerto como un vulgar bandido, á fin de dejar á salvo el honor de Ely. Esto pensó Olivier, que se irguió y escuchó las voces que se alejaban. El Archiduque y su lugarteniente acababan, sin duda, de hacer cercar el jardín... Pedro estaba perdido.

¡Pedro estaba perdido!... Olivier se levantó. Acababa de concebir la idea de la posibilidad de salvar al amigo á quien tanto había querido. ¡Si entrase en el jardín, deslizándose hasta la puerta del invernadero, de la que había hablado uno de los espías, y por la

que evidentemente debía salir aquel al que se quería matar!... ¡Si se precipitase en seguida fuera, de modo de hacer creer que escapaba de la quinta! La idea de esta sustitución y de este sacrificio se apoderó con irresistible fuerza de aquel hombre desdichado, que acababa de desear la muerte. Empezó á caminar, oculto primero por la sombra del talud, por la del muro después, que franqueó casi por el mismo sitio por donde el otro había pasado, y comenzó su camino hacia la quinta. Enderezábase ésta siempre muda, siempre dormida, sin que un rayo de luz apareciese por los intersticios de las ventanas cerradas. Contemplábala Olivier con extraño ardor. ¡Que no hubiera dado por poder agujerear las paredes y entrar en espíritu, apareciendo ante el hombre por el que arriesgaba la vida!... ¿Hubiera conservado el valor, para su martirio, de haber visto en aquel momento el cuarto de Ely, y, á la luz velada de un globo rosa, su cabeza junto á la de Pedro, sobre la misma almohada? El hermoso y desnudo brazo de la joven entrelazábase al cuello de Pedro, y ella le decía:

—Si no hubieras venido, creo que esta noche hubiera yo muerto de dolor y de amor... Pero he adivinado que vendrías y que me perdonarías... Cuando sin verte he tocado tu mano, toda mi pena ha desaparecido. Y, sin embargo, ¡qué dura era tu voz al principio! ¡Qué crueles palabras has pronunciado! ¡Qué daño me han hecho! ¡Pero todo se ha olvidado, puesto que me has vuelto á coger en tus brazos, puesto que yo sé que te adoro y tú dejas que te adore!... ¡Dime que me amas! ¡Vuelve á decirme que me

amas como en el barco, cuando escuchábamos los suspiros del mar!... ¿Te acuerdas?

Y sus ojos buscaban los de su amante para encontrar en ellos aquello de que en su carta hablaba: la claridad de la absoluta dicha, que no brillaba. En el fondo había una idea fija llena de tristeza y de remordimientos... En el instante mismo en que, más tierna, más amorosa y más acariciadora que nunca, la boca de Ely oprimía los párpados del joven para disipar su melancolía, oyóse en el jardín el estampido de una detonación, de dos después..., de tres, y un grito desgarró el aire.

Luego nada... Un silencio espantoso había sucedido... Los dos amantes se miraron... Acababan de tener una misma idea.

—Ocúltate en las cortinas—dijo Ely—. Voy á enterarme.

Y echándose un peinador sobre los hombros, corrió sobre el joven las cortinas de la alcoba. Después, con la lámpara en la mano, se dirigió á la ventana, la abrió, y con voz fuerte gritó:

—¿Qué hay?... ¿Qué pasa?

—No te asustes, querida—respondió una voz cuya ironía la hizo estremecerse—. Es un ladrón que quería introducirse en la quinta. Debe tener tres balas en el cuerpo... Vamos á buscarle... Estate tranquila... *No volverá*. Laubach ha tirado á boca de jarro.

Ely cerró la ventana. Al volverse vió que Pedro estaba ya á medio vestir... Su palidez era muy grande. Sus manos temblaban.

—No puedes salir—le dijo—. El jardín está lleno de gente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNN
"ALFONSO HETES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO

—Es preciso que salga. Estoy seguro de que han disparado sobre Olivier...

—¡Sobre él!... Pero, ¡estás loco!

—¡Sobre él!—repitió el joven con singular energía—. ¡Sobre él, al que han tomado por mí! El me ha visto salir... Me ha seguido... Los pasos que he oído eran los suyos.

—No... no quiero que te marches—dijo ella poniéndose delante de la puerta—. Escucha... No podía ser él... Te matarán. Amor mío, te lo suplico, no salgas, no me dejes.

Pedro había terminado de vestirse. La apartó casi bruscamente, y repitió:

—¡Déjame, déjame marchar!—sin una mirada, sin un adiós.

Ya estaba en lo último de la escalera, en el invernadero, en el jardín. Ely no tuvo fuerzas para moverse. Quedó apoyada en la pared, con la cabeza sobre el pecho, escuchando con una angustia rayana en la locura... Pero no sonó ninguna otra detonación.

Pedro no había encontrado al Príncipe y sus hombres, ocupados en buscar las huellas del primer fugitivo.

—¡Ah!—exclamó Ely—. ¡Se ha salvado!... ¡Con tal que el otro haya podido salvarse también!

Como se ve, el terror de Pedro la había contagiado. Sí, el desconocido sobre el que se había disparado podía muy bien ser Olivier. Ely no se había engañado sobre el acento del Príncipe. No se trataba de un ladrón. Su marido sabía que ella recibía á un

amante, y le había tendido una celada. ¿Quién había sido sorprendido en ella en lugar de Pedro? Por vez primera, después de muchos años, aquella mujer tan libre, tan fatalista y nihilista, tuvo un arranque pidiendo protección á Dios. Su espanto por lo que entreveía, si realmente ella y Pedro había causado el asesinato de aquel hombre, del que ella había sido la querida y él el más íntimo amigo, la agitaba de tal modo, que cayó de rodillas y rezó porque aquel castigo no cayera sobre los tres. Vana plegaria, tan vana como la loca carrera de su cómplice, que se precipitaba á lo largo del camino deteniéndose de vez en cuando para gritar: «¡Olivier!...» Nadie respondía á sus voces. Al fin llegó ante el hotel. Iba á saber si no había sido juguete de un mal sueño. ¡Qué no sentiría al escuchar la respuesta que le dió el conserje!

—¿El señor Du Prat? Ha salido casi en seguida que el señor.

—Y ¿ha preguntado si yo había salido?

—Sí, señor... Me extraña que no le haya usted encontrado... Ha salido precisamente detrás de usted... y en la misma dirección.

De forma que ninguno de sus presentimientos le había engañado. Era Olivier el que le había seguido, el que había sido sorprendido en el jardín. ¿Estaba muerto? ¿Estaba herido? ¿Dónde estaba? Durante toda la noche, Pedro vagó por el camino registrando los fosos, los matorrales, las piedras, tocando con sus propias manos los árboles, el suelo... Por la mañana, al volver, loco por aquella inútil busca, vió en direc-

ción al hotel, por otro camino, dos jardineros que conducían una carreta, y en ésta una forma humana echada. Se aproximó, y reconoció á su amigo. Dos balas habían atravesado el pecho de Olivier; en su rostro, manchado de arena, se leía una infinita tristeza. Á juzgar por el sitio en que los jardineros le habían encontrado, había andado un cuarto de hora después de ser herido. Al fin le habían faltado las fuerzas y debía de haber muerto, sin recobrar el sentido, de una hemorragia producida por la herida y por el esfuerzo.

.....

¿Dónde van los muertos, nuestros muertos? Estos que hemos amado y que nos han amado; esos hacia los que hemos sido tiernos, buenos, y á los que hemos faltado; esos que han partido sin que sepamos si nos han perdonado, ¿están separados de nosotros para siempre, ó reviven en torno nuestro con vida que escapa á nuestros sentidos mortales, esa vida confusa, misteriosa y terrible, que la antigua devoción atribuía á los manes? ¿Hay muertos indulgentes y protectores cerca de nuestra debilidad? ¿Muertos irritados y vengativos que no nos permiten nunca ser felices? Entre este mundo y el otro no podemos ni comprender que haya un lazo de unión, ni admitir una ruptura definitiva. Que esta vida de los muertos invisibles en torno de nuestra vida terrestre sea un sueño ó una realidad, lo cierto es que nunca, desde aquella terrible noche, Ely ha podido volver á ver á Pedro, ni escribirle. Siempre, cuando ha querido tomar la pluma para acercarse á él de nuevo, ha habi-

do *algo* que se lo ha impedido, y *algo* ha detenido también siempre á Pedro cuando ha querido darla solamente alguna señal de su existencia. Entre estos dos vivos está un muerto. ., y nunca, nunca se apartará de allí.

FIN